14. Baltasar de Matallana, cronista y relator de viajes (de la lengua a la cartografía pasando por la novela y el cine)

M. del Pilar Blanco García
Universidad Complutense, Madrid
calendau@yahoo.es

Resumen

En la contribución que sigue presentamos la labor y actuación misioneras de uno de los héroes de los asentamientos capuchinos en Venezuela, Baltasar de Matallana: su trabajo de descubierta de las regiones que le fueron encomendadas tendrá su sedimento literario en un relato que, partiendo de los presupuestos de la narración odepórica, adquiere rasgos de novela de aventuras de contenido real.

Palabras clave

Capuchinos. Odepórica. Misión.

Abstract

Baltasar de Matallana, travel writer and chronicler (from language to cartography to novel and film). The present paper aims at presenting the work and performance of one of the heroes of the Capuchino settlements in Venezuela, Baltasar de Matallana. The discovery of the regions that were at his charge will have their literary sediment in a story that, starting from the presumption of odeporic narration, acquires characteristics of the novel of adventure with real content.

Keywords

Capuchins. Mission. Odeporics

Sinopse

Baltasar de Matallana, cronista e narrador de viagens (da língua à cartografia passando pelo romance e o cinema). Na contribuição a seguir, apresentamos o trabalho e atuação missionária de um dos heróis dos assentamentos capuchinhos na Venezuela, Baltasar de Matallana: o seu trabalho de descobrimento das regiões que lhe foram encomendadas terá o seu sedimento literário num relato que, partindo dos pressupostos da narração odepórica, adquire características de romance de aventuras com um conteúdo real.

Palavras-chave

Capuchinhos. Odepórica. Missão.



P. Baltasar de Matallana
(Salvio Valbuena Rodríguez)

Los misioneros perdidos en la selva durante su vida, se perderán también en la memoria de los hombres. Pero aunque desconocidos para el mundo, no lo serán para Dios que los hará brillar en el cielo como estrellas por perpetuas eternidades. «Bienaventurados los pies de los que evangelizan el bien y difunden la paz». (J. M.ª Goiburo.).

14.1. Introducción

Salvio Valbuena Rodriguez, nacido en el pueblo de Matallana, en la provincia española de León en 1906, conocido más tarde como padre Baltasar de Matallana, llegó a las misiones el 21 de junio de 1931 y regresaría a España en 1947. Es un periodo de dieciséis años en los que vivió con intensidad todas las alegrías y sinsabores reservados a los misioneros. Su llegada fue, como la de todos los que llegan por primera vez, traumática. La nada era lo que tenía ante

su vista. No conocía la lengua, no conocía el terreno y en su viaje había descubierto ya las grandes dificultades para moverse. Su entrega total a la causa de Cristo le hará superar todas esas dificultades. Aprenderá la(s) lengua(s) para llevar a cabo su misión y trazará por primera vez en estos territorios venezolanos un croquis que servirá más tarde para levantar los mapas que hoy conocemos. Además se convirtió en cronista de su labor y gran narrador de viajes.

El padre Matallana llega a esas tierras que cuentan con un pasado a la vez fructífero y atroz. En 1817 la mayor parte de sus hermanos de hábito habían sido asesinados y el resto expulsado de las misiones. Esa operación fue ordenada, o consentida, por el libertador Bolívar que no tardaría mucho tiempo en darse cuenta de la atrocidad cometida y del reconocimiento que Venezuela debía a estos misioneros, como se puede comprobar en muchos documentos y escritos. Duarte Level[1] dice al respecto lo siguiente*:*

> Empero sobre la tumba de los capuchinos, Venezuela está obligada a depositar coronas de gratitud y agradecimiento. Esos frailes salvaron la integridad de la patria. En nuestra cuestión de límites con la Guayana Inglesa, el único argumento sólido e incontestable que pudimos presentar para justificar nuestro derecho sobre Guayana fue la obra que allí hicieron los Misioneros. A ellos les debemos no haberlo perdido todo. Hasta donde llegaron los religiosos en su misión evangélica puede que llegaran nuestras fronteras. Al plantar la Cruz, fijaron los linderos de Venezuela[2].

Quedaron ruinas y sobre esas ruinas volvieron a levantar un «edificio» en el que la cumbre sería la vida espiritual que indujeron, y la base un trabajo más inhumano que humano. Llegó a un lugar que estaba más o menos en marcha, aunque fueran pocos los que lo cuidaban. La visita a los ranchos le ponía de manifiesto la miseria en que vivían aquellos pobres indios. Le acompañaba el padre Santos de Abelgas, quien no sólo conocía el idioma sino también la índole y cultura de estos así como la misión que ambos tenían que realizar: explicarles las principales verdades de la fe cristiana y exhortarles cálidamente a admitirlas y abrazarlas para su bien temporal y eterno. Y, no sólo eso: también proporcionar al indígena comida que tenían que ganarse con el sudor de su frente, trabajando como rudos agricultores y enseñándoles a cultivar la tierra. Y es de esta labor misionera de donde derivarán sus tareas científicas y literarias.

14.2. Labor lingüística

Para alcanzar esos objetivos la primera tarea que se le imponía era la de aprender la lengua de sus posibles feligreses. Para conocer la labor lingüística del padre Matallana, es necesario consultar la obra del padre Cesáreo de Armellada, el autor de una *Gramática y Diccionario de la Lengua pemón* que dice:

1 Lino Duarte Level: *Historia militar y civil de Venezuela*, Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco-Fombona, p. 160.

2 B. de Matallana. *Luz en la selva*. Deleg. de Propaganda de Misiones Capuchina. León 1944, p. 33.

> El plan de esta obra fue trazado en unión de los RR.PP. Eulogio de Villarrín y Baltasar de Matallana, Misioneros Capuchinos, cuyas atinadas reflexiones y apuntes particulares sirvieron de luz en más de una dificultad, que para el autor solo, tal vez hubiera sido insuperable[3].

Para corroborarlo tenemos las notas del P. Matallana sobre las dificultades de llevar a cabo su misión: En el capítulo «Anhelos de una raza inculta» de *Luz en la selva* nos ofrece una magnífica lección lingüística. Como estudioso de esas lenguas se encuentra con topónimos increíbles y dice:

> En los confines septentrionales del Vicariato apostólico del Caroní, lejos, aislado, silencioso, el bohío de Apiyaikupué… no me pregunte el lector por la etimología de aquel nombre. Sencilla, como el alma de sus moradores, no se pierde en divagaciones fantásticas, quebraderos de cabeza para ciertos eruditos que se empeñan en arrimar el ascua a su sardina escandalosamente. Al lado tiene una laguna, kupuée en su idioma, sobre cuyos bordes crece el árbol taparo que llaman apiyai. Y hete aquí descifrado el enigma de la palabra Apiyaikupué. Laguna del taparo[4].

En la Gran Sabana vuelve a mostrarnos la metodología que utilizaban para poder entenderse con esos indios:

> Poco podíamos hablar con los indios, careciendo del conocimiento de su idioma, por lo que transcurrieron con dolor días y meses en inacción aparente entregados a la dura tarea, como párvulo, de emborronar cuartillas copiando palabras y más palabras, para luego meterlas en la mollera; y como muchas veces las copiaba mal porque no captaba bien su pronunciación, tenía que tachar unas, corregir otras, hasta que con este trabajo de tiempo y paciencia logré dar con la clave del idioma…
>
> Cuando llegamos a traducir, aunque no con fidelidad, estas oraciones al idioma de ellos, entonces congregábamos a todos los de fuera y los de dentro… leyendo a trompicones… rezos que ellos repetían con alegría y candor[5].

Cómo se repartieron las tareas también nos lo cuenta el padre Matallana:

> El P. Cesáreo conversaba con los indios, desentrañando todo lo referente a su sistema lingüístico, costumbres, folclore, religión; yo, con una brújula y un cronómetro, iba trazando el mapa del río, los afluentes que le caían por ambos lados y las montañas visibles, todo con sus nombres indígenas[6].

3 Armellada. *Gramática y diccionario de la lengua pemón.* Artes gráficas Caracas 1944, p. 3.
4 B. de Matallana. *Luz en la selva*. p. 82.
5 *Op.cit.* p. 133.
6 *Op.cit*. p. 311.

¿Estamos ante lo que podíamos llamar un atlas lingüístico? Casi con toda seguridad que sí. El padre Cesáreo recogía los diferentes «dialectos» de los indios, pues aunque los territorios estuvieran situados en zonas geográficas cercanas y similares, había siempre, como pone de manifiesto, algunas diferencias. Los padres misioneros tenían la obligación de conocer esas diferencias para llegar con su cargamento doctrinal hasta ellos. Su humildad les impide reconocer su faceta científica que tan bien realizan. Ello hace que no siempre encontremos documentación de todo su quehacer y lo que encontramos no se conserva todo lo bien que nos gustaría a los que, sin ningún esfuerzo, venimos a recoger sus frutos para «jugar» con ellos.

14.3. Exploraciones y cartografías

Los fines de sus descubrimientos y de su labor eran muy distintos a los nuestros. Ellos se daban por entero, en cuerpo, alma y corazón, desarrollando una inmensa labor, no siempre reconocida, y que ha sido aprovechada por pseudocientíficos sin mencionar jamás el origen.

El voto de obediencia les obliga, con frecuencia, a abandonar los trabajos que tienen entre manos e incluso los lugares donde desempeñaban sus tareas misionales por mucho que su deseo fuera continuarlas y por mucho que se hubieran encariñado con los indios, sus hermanos.

El título de nuestra contribución podría haber sido: de la lengua a la literatura, o de la interpretación a la literatura, o de las vivencias a la literatura, o del drama a la esperanza, o de las vivencias al cine o ¿por qué no? *El relato de un viajero intrépido*. Y decimos del drama porque, verdaderamente, su llegada a esas tierras fue un tanto dramática o trágica en algunos casos. De esperanza, porque iban llenos de esa virtud y nada les hacía desesperar; de cine porque estos héroes han sido capaces de poner su experiencia en guiones cinematográficos. Con paciencia franciscana todo lo alcanzaban.

Luz en la selva es el relato que el padre Matallana nos ha dejado de todo un curriculum que culmina en su labor misionera. Es una «real novela», que denominaríamos, según los cánones, novela realista, por oposición a fantástica. Su vida esta relatada desde el inicio casi hasta el fin, desde el dolor de la salida de su pueblo, en León, hasta Barcelona para embarcar rumbo a las Américas.

> Con «la añoranza de la patria, del hogar, de aquellos seres queridos que tal vez nunca volvería a ver…» (sic). Dolor que desaparece cuando en mi recuerdo aparece la promesa del Padre de Familias: «Todo el que dejare casa, padres, hermanos… por mi nombre, recibirá el cien doblado y alcanzará la vida eterna» (sic)[7].

Con su espíritu sosegado emprendió un camino que duraría dieciocho años. En esos años se encontrará con el pescador de perlas de isla Margarita, Mogollón, que le enseñará la devoción a la Virgen Santísima del Valle que sienten los

7 *Op.cit.* pp. 16-17.

pescadores de perlas, a quienes ella protege. También descubrirá la dura tarea desempeñada por sus hermanos:

> Yo vi a aquellos hermanos míos de Religión y de ministerio, sacerdotes que habían cursado toda la carrera eclesiástica, y por consiguiente estudiado filosofía, ciencias físicas y naturales, teología, derecho canónico y Sagrada Escritura, yo los vi trabajar como rudos campesinos para lograr su sustento y el de los indios que tenían a su cargo, a fin de poder cristianizarlos y civilizarlos; yo los vi cortar maleza con el machete y abrir hoyos con la azada para sembrar cereales y legumbres; yo los vi hundidos hasta las rodillas desecando lagunazos; yo los vi manejar la garlopa y el formón para hacer muebles; yo los vi coger la paleta y la plomada para edificar paredes, y los vi también sentarse a la mesa de la escuela para enseñar las primeras letras a aquellos entendimientos adoquinados de los indios[8].

Su primer destino fue la Misión de Luepa en la Gran Sabana. ¿Cómo trasladarse desde Upata? Sus hermanos de hábito le informan de que tenía que ir a Tumeremo y allí preguntar por el Sr. Sucre que le indicaría cómo continuar el viaje. Él le suministraría las cosas necesarias que serían cargadas a la cuenta de sus hermanos.

Un camión que pasó por la plaza de la localidad fue su medio de transporte. Preguntó al camionero hacía dónde se dirigía: a Tumeremo, le contestó. Le dijo si podía llevarle. Ante la respuesta afirmativa le preguntó la hora de salida y le contestó: *ahorita mismo.* Esperó en vano, echando pestes del camionero. En vista de que no volvía se fue a la misión comió, se echó una siesta y rezó el Oficio Divino. Al cabo de un rato llamaron a la puerta y era el camionero que le buscaba para partir. Habían pasado tres horas. De este hecho sacó una conclusión echando mano del refranero español: *donde quiera que fueres haz lo que vieres; y* que no merecía la pena enfadarse por esos lares. Como cualquier viajero, de labios del camionero fue conociendo, no solo el terreno, también la historia de esos lugares. Viajero ingenuo, pensó que no iba a tener ninguna dificultad para llegar a su misión. Y cuando el Sr. Sucre le peguntó por los guías que le acompañaban respondió:

> —Yo no dispongo más que del sincero anhelo de cumplir la orden que se me ha dado.
>
> —Pero, ¿cree usted que ese es un camino trillado y de cuatro días de jornada?…
>
> —He recibido la orden y la quiero cumplir a despecho de obstáculos y dificultades.
>
> -—¡Fraile y español tenía que ser para contestar de esa manera!…[9]

8 *Op.cit*. p. 75.
9 *Op.cit.* p. 97.

El Sr. Sucre se apiadó de él y le dijo que esperara al día siguiente y que iría con él hasta Morajuana; los demás habitantes de Tumeremo le aconsejaron lo que tenía que llevar. Eran tantas las cosas recomendadas que dice:

> Me atuve a una sentencia que recordaba haber leído en algún libro: el arte de viajar consiste en llevar consigo la menor carga posible, eliminando cuanto pueda estorbar la marcha y acrecentar las fatigas del camino[10].

Mientras llegaban a Morajuana, el Sr. Sucre le iba enseñando el camino y contando historias de parajes como la de El Dorado, lugar de gentes que van y vienen buscando el dorado metal, cantinas con fuerte olor a ron, donde la gente se encontraba con tanto oro que pensaban que nunca se iba a terminar. «Me lo crea o no», dice, «esto es tan verdad como que ningún minero se enriqueció con el oro porque con una mano lo cogían y con la otra lo gastaban: «¡dineros de sacristán, cantando se vienen, cantando se van!»

Este es un capítulo sumamente interesante para los filólogos. Está plagado de la sabiduría popular que se esconde en todos los pueblos, cultos e incultos, y con el refranero español que también encontrarán en la lengua indígena, como describe el padre Armellada. Sucre estaba asustado con lo que este fraile pensaba hacer: irse con unos indios que no conocía.

> —Usted es un suicida— le dice.
> —Quédese tranquilo: yo confío en Dios.
> —Sí, sí ustedes todo lo dejan a la voluntad de Dios, pero Dios dice: Ayúdate, que yo te ayudaré. ¿Y no lleva revolver por si acaso?
> —Nunca he tirado un tiro.
> —Acepte, por favor, este regalo, y póngaselo de manera que los indios lo vean. El miedo guarda la viña.

¡Cómo no iba a tener miedo el padre Matallana! Miedo y nostalgia. Y para ahogarlos se convierte en compositor musical, o mejor, en poeta, robando la música a quién la creó y se pone a cantar una tonada española con la letra improvisada.

> Tengo de subir, subir/Al puerto de la Sabana;/tengo de escalar la sierra/O no soy de Matallana.
> Y si soy de Matallana,/pertenezco a León;/pues León está en España,/soy legítimo español
> Viva España, viva España/que me dio la religión,/de mil santos y mil héroes; propagarla es un honor[11].

Dice que los indios le miraban atónitos. ¡Cómo no! Compañeros de viaje desconocidos. Un misionero que lleva revólver y además se pone a cantar.

10 *Op.cit.* p. 99.
11 *Op.cit.* p. 106.

Pasaron por mil peligros en los ríos, en los campos, en la Gran Sabana, incluida la famosa escalera y, ¡por fin!, llegan al lugar de destino: Luepa.

> ¡Luepa! ¡Ilusión de mis encantos y desencanto de mis ilusiones!
> Antes de ir a Luepa. ¡Fantasías alentadoras!
> Para llegar a Luepa, ¡caminos de penitencia!
> Al llegar a Luepa, ¡realidad aplastante![12]

Como buen viajero y cartógrafo quiere situar al lector en el lugar por el que llevará a cabo su misión. La parte sur del Vicariato, a la que se ha llamado la Gran Sabana, tiene una superficie aproximada de unos treinta mil kilómetros cuadrados.

> La Gran sabana es una región bella; bella en sus mesetas de distintos niveles que poseen distinta flora y fauna, bella en sus cerros de caprichosas figuras, bella en sus ríos de cristalinas aguas, bella en sus cascadas de asombrosa precipitación, bella en sus alternativas de terreno árido y campo florido, bella en sus montes de apretada vegetación, bella en su clima de perpetua: en sus entrañas diamantíferas cargadas de oro, bella, finalmente, en la paz y sosiego que allí se disfruta por estar aún contaminadas con la civilización.

La realidad a la que se enfrentaban eran unas «poblaciones» escasas de poblado y alejada las unas de las otras. Veamos sus descripciones de la situación geográfica:

> Al Este: Pumoientamopué, a 6 km de distancia con 13 habitantes; Sekumarayektá a 20 km de distancia, con 10 habitantes.
> Al Sur: Kamuarán a 26 km de distancia, con 45 habitantes; Araparikén a 20 km de distancia con 12 habitantes; Uradaipé, a 50 km de distancia, con 23 habitantes.
> Al Oeste: Parupa, a 12 km de distancia, con 27 habitantes; Maparutá, a 30 km de distancia, con 16 habitantes.
> Total menos de 200 indios en una superficie de mil quinientos km, sin caminos, ni medios de locomoción. Pero aquellas pocas almas… habían sido creadas por Dios y destinadas a Dios como las de las grandes urbes.[13]

En las páginas siguientes se percibe una cierta desilusión. Trabajar en el conuco era tarea ardua para la que no estaba preparado y se lamentaba: «¿Para esto hube de cursar humanidades, filosofía, idiomas y ciencias, sagrada Escritura y teología?»

Poco duró esa lamentación, pues luego comprendió que aquello era necesario para establecer la Iglesia de Cristo, puesto que esa era su misión. En Luepa

12 *Op.cit.* p. 106.
13 *Op.cit.* p. 130.

carecían de casi todo; su menú ordinario consistía por la mañana en arroz con carne, al mediodía carne con arroz y por la noche arroz y después carne.

La gran pobreza en la que vivían, el medio en el que desarrollaban su labor, sin conocer la lengua, casi, nos atreveríamos a decir, sin perspectiva, era duro; pero nunca les faltó una gran fuerza de voluntad para que aquello cambiara.

14.4. Vías de comunicación, o cómo se crean los neologismos en esa lengua

La mayor preocupación de los misioneros en Luepa era encontrar un camino más fácil que la «maldita» escalera para llegar al Cuyuní en busca de víveres y mercancías. La divina Providencia no los abandonaría nunca. En cierta ocasión apareció por la Misión un ingeniero explorador, Assen Trajanoff, que les sugirió la idea de hacer un campo de aterrizaje y lo que no se podía conseguir por tierra hacerlo por aire. Y así lo hicieron. El 30 de marzo de 1934, estando en la Misión solo, con el P. Armellada y sus indiecitos, oyeron un ruido que se acercaba cada vez más. Miraron al cielo y vieron algo que se acercaba como un pájaro, pero que no tenía alas. Los indios se escondieron y el P. Matallana sacó un paño blanco para orientar a los pilotos y el avión aterrizó. Era un avión de la línea Aeropostal Venezolana que, desde Tumeremo, había hecho una escapada para comprobar si era cierto lo que había llegado a sus oídos. Los pilotos querían ver a los indios, pero no hubo manera. Se cuenta que una india dejó de comer y a los tres días murió. Los pilotos quedaron tan asombrados de su inmensa pobreza que, la víspera de la Inmaculada, regresaron con «un obsequio para la Santísima Virgen, sal, azúcar, café, manteca, galletas, unas botellas de licor y otros obsequios para los indios»[14]. Los indios perdieron el miedo al aparato que traía regalos, pero no tenían palabras para su denominación y como lo único que conocían, que circulara con hombres dentro era la canoa, pues será una canoa que vuela como los pájaros, y de los pájaros que conocían, ese trasto les recordaba a un pájaro que abundaba en la Sabana: el zamuro. Lo bautizaron con el nombre de Kurún-kanhua que según el P. Matallana quiere decir canoa de zamuro o canoa que vuela como el zamuro. Como se puede comprobar, no crean los neologismos *ex nihilo*: primero el objeto y después el nombre.

14.5. Labor traductora

Santa Elena del Uairen será el nuevo domicilio del padre Matallana después de permanecer en Luepa. Sus vivencias y las de sus compañeros pueden parecernos increíbles a pesar de que él las narre muy bien. Las peripecias pasadas, en todos los sentidos, le han ido «madurando»:

> Ya íbamos con la práctica, adquiriendo el dominio del idioma indígena y poco a poco íbamos intensificando las explicaciones doctrinales

14 *Op.cit*. p. 139.

> en la casa y en las chozas. Hasta logramos traducir en breve tiempo el Catecismo de la Doctrina Cristiana y darlo a la imprenta para que, los que ya habían aprendido a leer, lo estudiaran y se lo llevaran a los demás. Pero todavía nos era difícil acomodar nuestra explicación a la mentalidad o idiosincrasia de ellos; y había ciertos puntos que a algunos, que se tenían por más entendidos o avispados, se les hacía cuesta arriba admitir[15].

Las discusiones con los indios eran sumamente interesantes, y, de pasada, mencionaremos un ejemplo significativo. Cuando el padre Matallana explicaba la Resurrección de la carne y les decía que tenían que creer porque Dios lo había dicho, un indio después de largas discusiones concluye: «Bueno padre; pues que usted se empeña, yo lo creeré, pero ya verá como no es verdad[16].

En Pratahuaka, les hablaba del premio que Dios tiene reservado para los que creen en Él. «Si —decían— nosotros aquí sufrimos mucho porque no tenemos nada; queremos ser buenos para que Dios nos premie». En cierta ocasión en que el padre Matallana les exponía la doctrina sobre la Bondad de Dios, un indio se levantó y dijo:

> —Sí, Dios será bueno con vosotros los civilizados, que os da tantas cosas; pero a nosotros, indios pobrecitos, no nos da nada. A vosotros os da telas para vestir, escopetas para cazar, acordeones para divertiros. Aquí nada de eso tenemos.
>
> —Y crees tú —le repliqué— que Dios da esas cosas así hechas a los civilizados?
>
> —Entonces —repuso—, ¿los civilizados saben hacer esas cosas?
>
> —Dios sólo da la materia prima y los demás aprenden a hacerlo, por eso los misioneros estamos aquí, para enseñaros a que también vosotros podáis hacerlo.

14.6. Un relato de viaje: *Luz en la selva* o la respiración contenida

Cuando hablé con algunos hermanos capuchinos de esta contribución sobre el padre Matallana para el presente monográfico, una pregunta salía de sus labios: ¿has leído *Luz en la Selva*? Y a continuación una vivencia común a todos. «Cuando estábamos en el seminario, mientras se comía, un lector amenizaba la colación con lecturas. Cuando tocaba el turno de *Luz en la Selva*, estábamos todos pendientes de los labios del lector, siguiendo la lectura, no se oía nada, ni el ruido de los cubiertos, ni la respiración (éramos más de cien alumnos) y cuando se terminaba la comida, la lectura también terminaba sin importar lo que viniera detrás, causando, las más de las veces, una pequeña decepción si el capítulo tenía una cierta intriga, o se esperaba algún desenlace[17]».

15 *Op.cit.* p. 156.
16 *Op.cit.* p. 157.
17 Conversaciones con los Capuchinos del Convento del Cristo de Medinaceli, Madrid.

La vida de nuestro autor también estaba pendiente de un hilo. El desgaste que le provocaron tantas dificultades y trabajos le pasó factura. Unas fiebres persistentes le llevaron a pedir un cambio temporal. Los superiores decidieron que tenía que esperar la llegada de un médico de mucha fama para examinar las condiciones sanitarias de algunos caseríos indígenas y dictar los remedios oportunos. Él era la persona más indicada para acompañarle puesto que era un gran conocedor de los lugares, después ya volvería a Tumeremo para tomar el descanso solicitado. Llegó un avión a Santa Elena, pero no había ningún doctor; a los ocho días llegó otro; y un tercero ocho días después, ambos sin ninguna huella del doctor.

El padre Matallana le dijo a su compañero que era mejor aprovechar la oportunidad que el avión le ofrecía y que cuando llegara el doctor le avisaran y volvería. Por eso:

> Metí cuatro objetos necesarios en la maleta y salí detrás como si algo me forzara a no perder ese vuelo… ¡Mañana del 23 de abril de 1937! El día estaba claro. Todos auguraban un feliz viaje. Mi corazón daba un tic-tac más acentuado, pero sin presentir nada serio. Nunca había viajado en avión.
>
> Era un aeroplano, un Fairchild monomotor de 150 caballos de fuerza. Componían la tripulación: el capitán Jorge Marcano, piloto, el teniente Mendoza, copiloto, y el radiotelegrafista Fuenmayor… Los pasajeros Mr. William Armstrong Perry, escritor científico neoyorquino; Mr Frederick D. Grab, agregado comercial de la Embajada norteamericana en Venezuela; Serveleón Salazar, número de la Guardia Nacional en la frontera del Roroima; Alfonso Duque, joven trabajador de las minas de Surukún; Señora Lina Vallés, empleada de las mismas minas y sexto y último junto a la cola iba yo.
>
> Nueve personas éramos/Del raid aéreo la carga./—¿Es de valor el tesoro?/¡Nueve vidas! ¡Nueve almas![18]

Todos con los cinturones abrochados dejan atrás la misión y el paisaje conocido. No hay tiempo, ni espacio, para recoger el relato de este impenitente viajero, conocedor de la zona y perdido en la selva. Sus conocimientos no le sirven para nada porque él conoce la selva por tierra, no por aire. El avión se queda sin gasolina y cae en plena selva. Solo un pasajero perece en la catástrofe. Tres salieron a buscar agua, otra dejó de existir a los nueve días. Quedaron cuatro en el corazón de la selva: cuatro seres flácidos, hambrientos, sin medios para valerse, esperando el auxilio de donde viniera.

Los que salieron a buscar ayuda perdieron el rastro del lugar, de poco sirvieron las escopetas para disparar cada cuarto de hora para que no se perdieran. El padre Baltasar de Matallana se enfrentaba a una situación más allá de las fuerzas humanas: heridos a los que con poco podía socorrer, falta de agua, de comida, sed desesperante, pero sin perder la esperanza. La lluvia llegó como la mejor salvación, aunque fuera escasa. Dios le dio una oportunidad más para seguir cumpliendo con su misión de sacerdote. Mr. Grab le dice: «padre quiero

18 *Op.cit.* pp. 228-229.

bautizarme». Quería convertirse al catolicismo y bautizarse. Se sintió impotente: no tenía agua. Dios oyó su lamento y envió lluvia de la que pudo recoger la suficiente como para cumplir el deseo de ese moribundo que poco después entregaría su alma a Dios. Dice Matallana: ¡Muerte feliz! ¡Muerte envidiable! y fue amortajado con el santo hábito de los capuchinos. Su traje estaba podrido y el misionero no quería enterrarlo así y cuenta*: «*llevaba otro hábito nuevo en la maleta y lo empleé con mucho gusto en amortajar el cuerpo del recién bautizado».

¡Sin perder nunca la esperanza! Hablando un día con Marcano éste le pregunta:

> —Si llegara un tigre y agarrándome por un brazo me llevara arrastras ¿qué haría Ud.?
>
> —¿Qué iba a hacer? —le contesté— esperar a que después de haber acabado contigo, viniera a por mí.
>
> —Pero, padre, ¿por qué no trata Ud. de salvarse?
>
> —Porque mientras haya un ser vivo aquí, mi deber es acompañarle.
>
> —Pero si nosotros no podemos movernos;… Ud. aún puede caminar algo y es posible que llegue a algún rio donde haya gente y se salve…

Negándose de manera rotunda, le dijo: «Marcano. Yo no sé decirte por dónde nos vendrá el auxilio, pero sé decirte que vendrá… Yo así lo creo[19].

Y la salvación llegó a través de un loro. Un loro en una rama, para cuatro muertos de hambre, suponía una suculenta comida. Marcano le dice al padre que dispare, pero el padre Matallana le responde que es inútil, porque no sabe tirar y además no lo ve. De todas formas, y para animarle, dispara, no da al animal y dispara una segunda vez.

«¿Oíste?», le dice el padre Matallana. «Sí, me pareció oír algo». No terminan de creerlo y se dicen que es el eco. Pero una de las veces el eco respondió, convertido en murmullo que se acercaba a ellos cada vez más. Disparó un vez más y se dio cuenta de que estaban salvados: *¡Salvos gritan todos! (sic)*.

14.7. Topografía

El padre Matallana era un hombre inquieto. Decía que echaba, de vez en cuando, una cana al aire, cana que consistía en recorrer los campos de la Sabana, diez mil kilómetros cuadrados que midió pie a pie. De esas excursiones salió la elaboración del primer mapa-croquis de esta región ignorada, el cual posteriormente sirvió de rumbo a astronautas e investigadores científicos.

19 *Op.cit.* pp. 278-279.



Elaborado según las observaciones hechas a brújula y datos recogidos en sus excursiones por el misionero Franciscano Capuchino, R. P. Baltasar de Matallana, tomando como puntos de referencia cierta los cerros de Roroimá (al E) Samá (al S) y Venamo (al N) prefijados astronómicamente por las Comisiones Venezolanas de Límites con la Guayana Inglesa y el Brasil de 1905 y 1934, 1937. Escala 1:500.000.

Es una pena que no podamos comentar estos mapas para conocer mejor su labor, pero la limitación del espacio de este artículo, nos lo impide. Sí podemos darnos cuenta del inmenso trabajo que realizó este humilde fraile capuchino.

14.8. Guionista y realizador cinematográfico

El séptimo arte tampoco le fue ajeno al P. Matallana. Dos películas lo atestiguan.

La Gran Sabana, en blanco y negro en 32 mm y reducida a 16 mm contiene fotografías tomadas por fotógrafos del gobierno de Venezuela en 1934. El P. Matallana se lo pidió para utilizarlo en provecho de la misión y en 1939 lo arregló en unos laboratorios cinematográficos de Nueva York poniendo fondo musical y el comentario hecho por él mismo.

La cinta *Indios Guaraos y Pemones* está hecha en tecnicolor en 16 mm. Las escenas fueron tomadas por el padre Álvaro de Espinosa, misionero del Caroní, y el padre Matallana realizó la organización y los comentarios en 1946. La impresión sonora se hizo en unos estudios de Nueva York.

14.9. Conclusión

Con ese grito de: *salvos todos*, podemos darnos una idea de las dificultades por las que han pasado todos los misioneros, sin excepción. No tuvieron tantos accidentes de aviación porque no había aviones, pero los tuvieron de todo tipo por tierra y por mar. Hombres intrépidos donde los haya, antepusieron

la vida de los más débiles a la suya propia. El P. Matallana es un ejemplo más. ¡Uno más! Con él hemos recorrido la ilusión de un joven entregado a Dios, que ofrece su vida para salvar la de los otros. Su llegada a esas tierras, fue dolorosa, como la de todos. Su entrega total. Su dedicación a la tarea, sin fisuras. Su desencanto, que también lo hubo, momentáneo. Su compensación, inmensa. Ver cómo, paso a paso, minuto a minuto, día a día, sus indiecitos iban logrando acercarse a la civilización, le recompensaba de tantos sinsabores. Su alegría, al conseguir lo pensado e inesperado, inenarrable. La dimensión espiritual del P. Matallana es clara y meridiana, pero también sus sentimientos más humanos. ¡Misionero capuchino como tantos y tantos! Al rememorar la labor de los misioneros en el Nuevo Mundo, nos percatamos de la existencia de muchísimos héroes que entregaron alma y vida a la causa y que en ocasiones fueron masacrados, y vilipendiados por aquellos que eran, y siguen siendo, incapaces de comprender tanto desprendimiento.

Terminamos esta breve semblanza por el mundo misional del P. Matallana, haciéndonos la misma pregunta que él se hacía, con el anhelo de que su deseo se vea cumplido:

> ¿Es ardua o no la vida del misionero? ¿Estarán dispuestos los que les atacan o desprecian, los filántropos naturalistas, los filósofos y letrados, a realizar esta misma obra por el sólo bien del indios sin esperanza de lucro o retribución mundana como lo hace el misionero?… Al menos, hay que convenir, que sólo bajo este aspecto, prescindiendo de los demás, el misionero católico es muy digno de respeto y admiración. Perdone el lector, que siendo yo uno de ellos, reclame este honor, que pido no tanto para mí, cuanto para mis abnegados compañeros y hermanos[20].

Valga como conclusión final, nuestro reconocimiento a todos aquellos que nos dieron la posibilidad de adentrarnos e integrarnos en mundos desconocidos y que conquistaron con las palabras franciscanas de: Paz y Bien.

14.10. Referencias bibliográficas

Armellada, C y B. Matallana. «Exploración del Paragua». En*: Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales.* T. viii, n.º 53.

Matallana, B. «La gran Sabana». *Boletín de la sociedad Venezolana de Ciencias Naturales,* n.º 29 Caracas enero-agosto 1937.

—«La música indígena Teurepan, tribu de la Gran Sabana». *Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, 6* de agosto de 1938. Et. Venezuela Caracas.

—*Luz en la selva.* Ed.Montecasino. Zamora. 1974.

—«La Gran Sabana. Tres años de Misión en los confines de la Guayana». En *Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales* iv 1937 11-82, mapa de la Sabana al final.

—*Labor de los Padres Capuchinos en la Misión del Caroní.* Venezuela. Caracas Lit.y Tip. Vargas 1945.

20 *Op.cit.* p. 75.

Pobladura. Pacífico de. *Héroes. Cincuenta años de trabajo misionero y promoción humana.* León: Evergráficas, 1976.

Sanfelices, F. Cornelio. Carta al m. r. p. Policarpo de Iráizoz. Vicesecretario Gen. o. f. m. Cap. en Roma 21-x-1952, relacionada con las películas descritas.

Nota: debemos la documentación sobre los croquis o mapas a la amabilidad del P. Julio Lavandero. Le agradecemos profundamente su trabajo, lamentando no poder incluirlos completos.